

PA —
LA —
BRAS
MA —
YO —
RES .

Cuentos latinoamericanos

Eduardo Galeano

Mario Benedetti

Augusto Monterroso

Julio Cortázar

Juan José Arreola

Virgilio Piñera

César Vallejo

Horacio Quiroga



Cuentos latinoamericanos / Eduardo Galeano ... [et al.] ;
compilado por Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires :
Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2018.
120 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)
ISBN 978-987-4198-03-7
1. Cuentos. 2. Narrativa Latinoamericana. 3. Antología de
Cuentos. I. Galeano, Eduardo II. Calero, Mercedes , comp.
CDD 863

© Factotum Ediciones, 2018
Roseti 782 (1427)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 1987, 1988, 2018
C/Doctor Esquerdo, 173 6ª Izda.
Madrid, España
www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero
Coordinación editorial: Renata Cercelli
Prólogo: Hugo Salas
Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR
Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR
Diseño de interiores: Renata Cercelli
Armado: Brenda Wainer
Producción: Mariel Mambretti
Corrección: Mónica Campos y Mercedes Alonso

ISBN 978-987-4198-03-7

Libro de edición argentina.
Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

Desde su misma escena fundacional –las Cartas y Diarios del almirante Cristóbal Colón–, la escritura latinoamericana muestra un carácter híbrido, mestizo: el trabajo de inscripción de una tierra, un paisaje y un mundo nuevos en una lengua ajena a ellos. Diferente de lo ocurrido en Brasil y las zonas del Caribe bajo influencia de Francia u Holanda, el derrotero literario de la América española es, en parte, la historia de cómo una lengua se adueña de un continente y este se desquita haciéndola suya. De trasfondo, el rumor de las culturas originarias, la inquietante evidencia de una tradición imperial perdida.

Esta tensión entre propio y heredado, natural y extranjero, se advierte de distintas maneras en los cuentos del presente volumen. Casi todos fueron producidos durante la segunda mitad del siglo xx,

momento en que la discusión intelectual y política en torno a las nociones de imperialismo y descolonización oficiaba de acicate a la indagación cultural de las nociones de identidad y pertenencia. En las temáticas, aunque no siempre en las formas, se advierte además la fuerte continuidad de estos textos con el anhelo universal y al mismo tiempo nativo del primer movimiento estrictamente latinoamericano: el modernismo de Rubén Darío, José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera o José Asunción Silva, por citar tan solo algunos nombres.

De hecho, los cinco relatos que abren esta selección, del uruguayo Eduardo Galeano, se solazan en una práctica cara al modernismo: la reconstrucción de leyendas y mitos (e incluso su invención). Los distancian de sus predecesores una mayor libertad, un menor interés por lo etnográfico y un afán puramente imaginativo, que les permite intercalar -desde un horizonte de sentido fragmentado- referencias a la cosmogonía mexicana con una concepción teísta cristiana, siguiendo acaso las formas de mestizaje características de la evangelización en América.

Por el contrario, en la producción de su compatriota Mario Benedetti, por completo urbana y en tiempo presente, se advierte el programa de recuperar una actitud ingenua y sencilla ante la lengua. No es casual la

recurrencia del personaje niño como aquel que, entendiendo “mal” lo que se dice, logra iluminar los aspectos paradójicos de la palabra. La ironía –cándida solo en apariencia– de la prisión radicada en el pueblo de Libertad es tan solo otra de las formas de inscribir ese desfase fundacional entre las palabras y el ámbito que nombran.

El mismo gusto por lo paradójico es constitutivo del humor de Augusto Monterroso, hondureño exiliado en Guatemala, cuya escritura breve y en ocasiones brevísima le ha valido reconocimiento internacional. Sin llegar a entremezclarse y confundirse dentro de un mismo cuento, en su biblioteca conviven el archivo colonial, la herencia grecolatina y las tradiciones orales europeas, con su gusto por los apólogos y parábolas, como reservas de libre disponibilidad.

También cultiva un registro humorístico similar, en la segunda etapa de su carrera, el argentino Julio Cortázar. En su caso, a este juego de falsa ingenuidad ante el lenguaje se suma el costumbrismo en la representación social de la escena íntima burguesa, que es característico del fantástico rioplatense, lo que dota a su sencillismo de un carácter menos directo y más extrañado que el de Benedetti.

En ese aire de domesticidad, acaso más impostado, se afincan también el mexicano Juan José Arreola, cuyos cuentos breves y certeros restituyen la inquietud interior

y el silencioso tumulto de los procesos anímicos que, desde Poe y Maupassant, constituyen una de las claves del género. Aquí, lo fantástico no es tanto aquello que ocurre en la trama, sino los modos en que lo interpretan sus narradores.

Corresponde al cubano Virgilio Piñera, no obstante, ser quien, de la mano de la influencia surrealista y su veleidad antropofágica, lleve la representación sociológica y aquel humor de la paradoja y el desplazamiento a instancias mucho más oscuras y ominosas. No hay en sus cuentos la amabilidad y simpatía que imperan en las voces populares de la época, de Benedetti a Cortázar, sino una ferocidad que recuerda la sátira de Voltaire y Swift.

Cierran la colección dos autores de principios de siglo: Horacio Quiroga, sobradamente conocido por su magisterio en el género, y el peruano César Vallejo, representante del paso del modernismo a la experimentación de las vanguardias. Menos rupturista que su obra poética, la narrativa de Vallejo permite advertir, no obstante, desde la inquietud indigenista, otra mirada de esa ingenuidad ante la experiencia y su relación con el lenguaje que habrá de ocupar a sus sucesores. En tándem con la depuración estilística de Quiroga, ofrecen el mejor cierre a esta colección de cuento latinoamericano.

Hugo Salas

La noche

Eduardo Galeano

El sol nunca cesaba de alumbrar y los indios cashinahua no conocían la dulzura del descanso.

Muy necesitados de paz, exhaustos de tanta luz, pidieron prestada la noche al ratón.

Se hizo oscuro, pero la noche del ratón alcanzó apenas para comer y fumar un rato frente al fuego. El amanecer llegó no bien los indios se acomodaron en las hamacas.

Probaron entonces la noche del tapir. Con la noche del tapir, pudieron dormir a pierna suelta y disfrutaron el largo sueño tan esperado. Pero cuando despertaron, había pasado tanto tiempo que las malezas del monte habían invadido sus cultivos y aplastado sus casas.

Después de mucho buscar, se quedaron con la noche del tatú. Se la pidieron prestada y no se la devolvieron jamás.

El tatú, despojado de la noche, duerme durante el día.

El sol y la luna

Eduardo Galeano

Al primer sol, el sol de agua, se lo llevó la inundación. Todos los que en el mundo moraban se convirtieron en peces.

Al segundo sol lo devoraron los tigres. Al tercero lo arrasó una lluvia de fuego, que incendió a la gente. Al cuarto sol, el sol de viento, lo borró la tempestad.

Las personas se volvieron monos y por los montes se esparcieron.

Pensativos, los dioses se reunieron en Teotihuacán.

—¿Quién se ocupará de traer el alba?

El Señor de los Caracoles, famoso por su fuerza y su hermosura, dio un paso adelante.

—Yo seré el sol —dijo.

—¿Quién más?

Silencio.

Todos miraron al Pequeño Dios Sifilítico, el más feo y desgraciado de los dioses, y decidieron:

—Tú.

El Señor de los Caracoles y el Pequeño Dios Sifilítico se retiraron a los cerros que ahora son las pirámides del sol y de la luna. Allí, en ayunas, meditaron.

Después los dioses juntaron leña, armaron una hoguera enorme y los llamaron.

El Pequeño Dios Sifilítico tomó impulso y se arrojó a las llamas. En seguida emergió, incandescente, en el cielo.

El Señor de los Caracoles miró la fogata con el ceño fruncido. Avanzó, retrocedió, se detuvo. Dio un par de vueltas. Como no se decidía, tuvieron que empujarlo. Con mucha demora se alzó en el cielo. Los dioses, furiosos, lo abofetearon. Le golpearon la cara con un conejo, una y otra vez, hasta que le mataron el brillo. Así, el arrogante Señor de los Caracoles se convirtió en la luna. Las manchas de la luna son las cicatrices de aquel castigo.

Pero el sol resplandeciente no se movía. El gavilán de obsidiana¹ voló hacia el Pequeño Dios Sifilítico:

—¿Por qué no andas?

Y respondió el despreciado, el purulento, el jorobado, el cojo:

1. Obsidiana: roca volcánica de color oscuro o negro.

—Porque quiero la sangre y el reino.

Este quinto sol, el sol del movimiento, alumbró a los toltecas y alumbra a los aztecas. Tiene garras y se alimenta de corazones humanos.

El conejo

Eduardo Galeano

El conejo quería crecer. Dios le prometió que lo aumentaría de tamaño si le traía una piel de tigre, una de mono, una de lagarto y una de serpiente. El conejo fue a visitar al tigre.

—Dios me ha contado un secreto —comentó— confidencial.

El tigre quiso saber y el conejo anunció un huracán que se venía.

—Yo me salvaré, porque soy pequeño.

Me esconderé en algún agujero. Pero tú, ¿qué harás? El huracán no te va a perdonar.

Una lágrima rodó por entre los bigotes del tigre.

—Solo se me ocurre una manera de salvarte —ofreció el conejo—. Buscaremos un árbol de tronco muy fuerte. Yo te ataré al tronco por el cuello y por las manos y el huracán no te llevará.

Agradecido, el tigre se dejó atar. Entonces el conejo lo mató de un garrotazo y lo desnudó.

Y siguió camino, bosque adentro, por la comarca de los zapotecas.

Se detuvo bajo un árbol donde un mono estaba comiendo. Tomando un cuchillo del lado que no tiene filo, el conejo se puso a golpearse el cuello. A cada golpe, una carcajada. Después de mucho golpearse y reírse, dejó el cuchillo en el suelo y se retiró brincando.

Se escondió entre las ramas, al acecho. El mono no demoró en bajar. Miró esa cosa que hacía reír y se rascó la cabeza. Agarró el cuchillo y al primer golpe cayó degollado.

Faltaban dos pieles. El conejo invitó al lagarto a jugar a la pelota. La pelota era de piedra: lo golpeó en el nacimiento de la cola y lo dejó tumbado.

Cerca de la serpiente, el conejo se hizo el dormido. Antes de que ella saltara, cuando estaba tomando impulso, de un santiamén le clavó las uñas en los ojos.

Llegó al cielo con las cuatro pieles.

—Ahora, crécame —exigió.

Y Dios pensó: “Siendo tan pequeñito, el conejo hizo lo que hizo. Si lo aumento de tamaño, ¿qué no hará? Si el conejo fuera grande, quizás yo no sería Dios”.

El conejo esperaba. Dios se acercó dulcemente, le acarició el lomo y de golpe le atrapó las orejas, lo revoleó y lo arrojó a la tierra.

De aquella vez quedaron largas las orejas del conejo, cortas las patas delanteras, que extendió para parar la caída, y colorados los ojos, por el pánico.